

repetidas en el curso de las generaciones, viene á constituir algo como un gemelismo contrapuesto, porque es de notar que, cuanto más diversas, mejor se aúnan, más se compenentran y más se quieren dos hermanas; y es que la desemejanza, más que el gemelismo, las une casi en un solo ser; hace más que asociarlas: las integra.

Y esta espiritual integración, causa de los grandes amores, de las grandes amistades y de las fraternidades perfectas, realizábase tan completamente en Dora y Lita, que, como por misterioso instinto, supieron desde la niñez primera cederse y prestarse, como los juguetes, las cualidades del alma y las energías fisiológicas. Cuando Concha—y esto pasaba á diario—reñía injustamente á Dora, Lita se indignaba por su hermana, y con violencias agresivas oponíase al castigo inmotivado. Y cuando Lita, castigada con justicia, rebelábase, Dora, inocente, pedía de rodillas el perdón para la indómita, y acababa Lita por llorar, más que de contrición, de bochorno ante tales abnegaciones.

Sugería Dora á Lita la dulzura, la fe, la mansa conformidad, la suave esperanza; dictábale la oración, rezaba con ella y hasta rezaba en lugar de ella, cuando Lita se dormía al arrullo de las plegarias. Por su parte Lita sugería á Dora mil ingeniosos recursos, mil juegos entretenidos, mil saladísimas travesuras. Lita era la alegría y el ingenio de Dora; Dora, el juicio y la piedad de Lita; Dora tenía alas para volar á todas las alturas ideales; Lita, pies traviesos para correr

por todos los caminos y trepar por todos los vericuetos de la tierra; Dora ensoñaba delirios celestes, añoraba quietudes extáticas; Lita ansiaba desbravar sus nervios con la ducha fuerte de la sensación, afrontar lo imprevisto, lo trágico, lo ignoto de la vida; Dora era, en fin, éter de misticismo; Lita, brasa de pasión; las dos juntas hubieran poseído el cielo y la tierra; ¿qué sería la una sin la otra, si la suerte desataba aquel nudo de contrapuesto gemelismo?

V

Los despilfarros y locuras de don Juan consumaron la ruina de la casa; como en su persona y placeres gastaba diez veces más de lo que producían sus últimos terrones de Fontibre y el residuo de la derretida fortuna de su mujer, pronto realizó tierras, papel, muebles, alhajas, ropas, ¡todo! Y cuando ya nada tenía, acudió á la Bolsa—con dinero prestado á réditos escandalosos—; después dió un paso más en los juegos de azar y se entregó en cuerpo y alma á *los prohibidos*; pero la perra suerte, acariciadora al principio, volviésele de espaldas y comenzó á perder á todo trapo, y empezaron los acreedores á llamar á su puerta, y don Juan á sortearlos con más arte que el ágil chulillo al miura intencionado.

Pero los acreedores no cejan; el asedio era duro, perentorio y agresivo; lo que empezaba en sencilla presentación de una cuenta, á las dos evasivas tornábase reticencia ofensiva, ó amenaza con la ley ó con la fuerza de los puños.

El nublado descargaba sobre las pobres mujeres; pero Concha sacudíase las moscas á grito herido ó á denuesto crudo, y esto agravaba el mal; empezaba ella increpando desaforadamente al acreedor inculpable, y acababa pasándose al enemigo y haciendo coro á los insultos que éste llovía sobre el perdido de don Juan; la pasión gritaba por sus labios:

—¡Y que lo diga usted, razón le sobra! Pero... ¡él es así!... ¿Que si es *golfo*?... ¡A quién se lo viene usted á contar!

Aquel impudor de la desgracia, aquel perpetuo escándalo chulesco sublevaba la dignidad nativa de Dora, irritaba los orgullos atávicos de Lita.

—¡Dios mío, qué vergüenza!—gemía Dora abochornada.

—¡En pleno barrio de las Injurias!—chillaba Lita furiosa.

—¡Adiós, infanta de España!—vociferaba con desgarró la chula—. ¡Nos ha *fastidiado*! ¡Pues no faltaba más sino que te sintieras archiduquesa, cuando ya no tenemos ni camisa! ¿Qué te has creído tú, grandísima cursi? ¡Gracias á que tu madre empeña hasta la respiración, coméis unos garbanzos tísicos! ¡Pero mañana os roeréis los codos, ó iremos todos de patas *al Modelo*! ¡Bonito porvenir os espera! Dos señoritas inútiles,

¿para qué sirven, vamos á ver? ¡Pues para pedir limosna, ó... *para otra cosa peor*! ¡No, y como lo lleváis en la sangre, en algo malo acabaréis vosotras! ¡Esa será la herencia que os deje ese grandísimo canalla!

Aquellos fatídicos augurios, aquella sugestiva predestinación al mal por herencia ó por desesperado extremo, eran como tóxicas inyecciones de desesperanza enervante que dañaban honda y diversamente á las niñas: Dora sentía el desfallecimiento del naufrago ante cuyos turbios ojos se borraba la salvadora orilla. Lita interrogaba con audaces interrogaciones el horizonte. A su edad todas las muchachas tenían madre, casa, alegría, mimos, regalos, pingos bonitos, ilusiones, novio; y ellas..., ¿qué tenían? Disturbios, privaciones, desorden, ruina, vergüenza, escándalos y cruda guerra doméstica. Y para el porvenir, ¿qué les prometía su madre? La miseria *ú otra cosa peor*; algo que Lita desde su inocencia vagamente fantaseaba como se fantasea el infierno. ¿Era aquello justo? ¿Quién las privaba de la gloria de vivir y de ser jóvenes?

Lita sentía en todo su ser la solicitación irresistible de la vida; Abril despertaba llamando con manos de aurora á las puertas de la sensibilidad, inquieta, adolescente. Ella era guapa, lista, y para algo habrían de servirle ambas cosas. Tendría novio, se casaría. ¡No que no! ¿Atractivos, gracias, encantos? Bien sabía la pícara que no habían de faltarle. Impetus ignotos, fuerzas milagrosas, raudales de vida desbor-

daban de ella. ¡Era el amanecer, la edad del amor!

En el alma de Dora también amanecía; pero su amanecer era menos fisiológico, más lírico y espiritual. En Lita la espera de la hora misteriosa del amor era toda impaciencias palpitantes é interrogaciones atrevidas; en Dora, toda inquietudes y retraimientos pudorosos; Lita corría al encuentro del soñado huésped ignoto; Dora, envuelta en rebozos de recato, le aguardaba, ó más bien, buscábale por no pisadas sendas del éter.

Huyendo del doméstico desastre, instintivamente refugióse cada una de ellas en el árbol donde cantaba el ave azul de sus sueños. Digámoslo en prosa llana. A Dora la atrajo el callado asilo semimonacal de la seráfica doña Salesia, piadosa vecina que vivía como enclaustrada en el piso cuarto superior y frontero al de don Juan; érase un alma de otros tiempos, una virgen vieja que se mustiaba en la piedad, como una azucena ante un sagrario.

En aquella morada pulcra, silente y perfumada por flores y esperanzas eternas halló nido blando el alma de Dora, sedienta de quietud y de contemplaciones. De las cadenciosas preces, del sedante silencio, de las devotas lecturas exhalábase un hálito de bienaventuranza que Dora aspiraba larga, ansiosamente. Algunos religiosos libros guardaba la beata en una vieja estantería; pero el libro de los libros para Dora era el de *Las Moradas*, de la divina Teresa. Su lectura irradiaba luz que visiblemente encendía

el alma y el semblante de la tierna criatura, y poco á poco veíasela impregnarse en aquellos deliquios celestes como en un bálsamo precioso que parecía unirla para existencia sobremundana. Así comenzó Dora á tomar el gusto á las cosas de la otra vida.

A Lita, en cambio, atrájola el perpetuo bullicio de fiesta que animaba el principal de aquella casa, residencia de los felicísimos esposos Corderos, los más rollizos, obsequiosos y alegres burgueses del mundo.

Venían ambos cónyuges de plebeyísima cepa; crecieron del substancioso comercio de carnes y embutidos, desempeñado desde abolengo en el riñón del Madrid chulo; la lotería, *¡un suertón!*, como pregonaba el agraciado, coronó con cinco milloncejos de pesetas el áureo edificio de la ya pingüe fortuna corderil, y desde aquellas faustas Navidades vivían los Corderos en perpetuo *gaudeamus*. A buen recaudo el puñadito de millones, que manaba prolíficos chorros de renta boba y sabrosísima, ¿qué tenían ellos que hacer en el pícaro mundo, sino comer á dos carrillos y gozar de cuanto Dios crió para regalo de ex carniceros opulentos? No tenían hijos, ni pecaban de jóvenes—es verdad—; pero lo que Cordero decía: «los ojos siempre son niños»; y como el comercio es una *esclavitud* de negros, y el «del ramo de carnes» el peor de todos, porque el comer no *azmite* paro, pues era como si no hubieran vivido antes.

Porque no les contasen á ellos por vida aquella

inquisición de reses y de hombres, aquel encierro entre pernils y costillares sangrientos, pringosas hojas de tocino, puercas madejas de tripas y empalagosos embutidos, que le tenían á él metido el pestazo á pimentón en los tuétanos del alma. La vida empezaba para ellos el día en que perdieron de vista el tajo seboso, el peso resobado, el mostrador grasiento, la trastienda apestosa, la piltrafería mosqueada, la sanguaza negra, el mondongo nauseabundo y los cochinos mandilones verdes del oficio.

La vida era aquélla: su casa «grandiosa», en barrio de señorío, en piso *principal verdaz* y con mobiliario de primera, «sin trampa ni cartón»; su comida «á la francesa» y «¡hasta tentársela!»; sus reuniones *selectas*—¡como que *salian* en los diarios!—, con su poquito de piano y de bailoteo y sus buenos *lunches*, y para corona, su abonito en todos los teatros donde se riera—¡no les dieran á ellos malos ratos con *drámones tristes*!—, y el colmo de los colmos de la bienandanza burguesa: ¡su cochecito!

El coche no se les caía de la boca; sentían prurito irresistible de nombrarle, como los amantes á sus amadas; eran esclavos de él, de sus «reparaciones», de sus muelles, manivelas, neumáticos y tornillos; de los caballos, de los arreos, de la paja, de la cebada y aun del estiércol; tanto, que no faltó en su propia tertulia quien dijese que «los Corderos vivían uncidos á su coche y eran más víctimas de él que antes lo fueron de su tajo».

• Nada de esto se ocultaba á Lita; harto veía ella la pantomima de cursilería grotesca que representaban aquellos groserísimos Corderos, atacados de pruritos de *snobismo* agudo y empeñados en embutirse de por fuerza en moldes de elegancia y modernismo. Pero... ¡qué hacerle! Para Lita, reclusa en aquella casa de infierno que amenazaba catástrofe inminente, la puerta de la casa de Cordero era la única puerta que daba á la alegría, á la emancipación acaso, y por ella se entró, ávida de estrenar la juventud.

Milagros de arte y de ingenio obró la muchacha para *refrescar* los cuatro pingos mustios que rodaban por aquella leonera de casa; dictatorialmente arrambló con cuanta prenda femenina (suya ó ajena) halló á su alcance. Sobre las lanillas manidas y de por fuerza remozadas lucían con gayos tonos los cinturones de moda, los cuellos de encaje, los fichúes y mariantonietas de gasas de colores tibios, tiernos, gallardamente ceñidos al gentilísimo busto; alguna flor natural lozaneaba entre los pliegues etéreos, y sobre aquellas galas matinales abríase con no igualada frescura la rosa abrilena y fragante de la mañugadora juventud de Lita.

Nada más mezclado y pintoresco que los concurrentes á los cachupines corderiles; gentes penumbrosas, entre pretéritas y futuras, venidas á menos ó yentes á más por cualesquiera caminos ó trochas—¡á bien que allí á nadie se le vi-saba el pasaporte social!—: las niñas de un contratista de suministros para mineros, que engor-

dó envenenando á muchos infelices con tocino podrido y patatas agusanadas; el marido *primo donno* de una tiple sin voz, pero con líneas; un sabihondo pedagogo, Director (con mayúscula) de un colegio sin alumnos; el autor de tres piecillas del *género ínfimo*, que contó los estrenos por *reventaduras*; la viuda dudosa de un más dudoso intendente; la señora morgánica de cierto escandaloso *clubman*; dos *aspirantes á chicos* de la prensa, y el *clou* de aquella reunión, el novelista que alborotaba en aquellos días: Paco Garba, *un nene que viene pegando*, como decían los *aspirantes á chicos*.

Paco Garba, á quien alguien llamó con cruel acierto *Paco Larva*, era un esputo de hombre, degenerado por herencia, decadentista por oficio, antipático por derecho propio é insolente por deber profesional, por dura ley de *arrivismo*, por convencimiento de que «con la librea de los impersonales *no se llega*»; así decía él, muy puesto en que la audacia estupefaciente, la vacuidad despreciativa y la estéril ighorancia llegan á alguna parte.

Dueño de cualidades tan preciosas, *se metió á escritor*, seguro de poseer dos fórmulas infalibles para hacer éxito: una receta para excitar sensaciones enfermizas y curiosidades malsanas, y otra receta para obtener estilo *propio* —léase malas traducciones de los clásicos decadentistas, salpicadas con arcaísmos exhumados de las trasteras filológicas—. De aquel contu-

bernio de galicismo y pornografía resultó una hibridación monstruosa, que no es lícito atribuir á influjo ni á tendencia alguna artística, ya que ni el *erostratismo* es arte, ni Paco Larva era siquiera un ladrón literario, sino un *descuidero* de la opinión, y su novelucho inverecundo, que alborotó como el estallar de un petardo, no era antiguo ni moderno, sino sencillamente detestable. No hay que calumniar, pues, á escuela ni á grupo alguno literario colgándole la filiación de Larva; él no era un artista, sino un remedador simiesco de los más amanerados *profesionales*. Así, lo más determinante y original de su individualidad estética se exteriorizó en el crecimiento de sus cuellos, de sus corbatas y de sus melenas y en la pintoresca multiplicidad de sus chalecos polieromos.

Tan importantes modificaciones en la persona de Larva coincidieron con su presentación en casa de los Corderos, que se tuvieron por felicísimos con el trato y frecuentación del *grande hombre*, como le llamaba don Romu, para el cual entre Larva y Gabriel d'Annunzio no había sensibles diferencias; ambos eran para él—¡como para tantos!—dos cosas igualmente incomprendibles, que estaba en moda admirar; y como don Romu y doña Celes eran mártires de la moda, competían en rendir á Larva el culto fanático de una fe totalmente ciega.

Toda la tertulia corderil, por adulación ó por estímulo, siguió el ejemplo de los dueños de la casa; de suerte que en ella el mimado escritor-

zuelo venía á ser tan ídolo y tan señor como el propio evangélico-autócrata Tolstoi en su feudo de Yasnaïa Poliana; que, al cabo, las cosas no son sino la idea que de ellas tenemos; y como Larva, que de por sí creíase dios, sentíase endiosado, procedía en todo con tan deífica majestad como si al fruncir de sus cejas hubieran de desorbitarse los mundos.

Para los que no estaban en el secreto de su divinidad Paquito resultaba insoportable; pero mirado con ojos de admiración, engañaba, porque aquel grande hombre *al boro*—¡oh dolor!—en lo soberbio y accesible á la lisonja, tenía descorazonadoras semejanzas con los genuinos, y puesto que las cosas no son sino lo que nos parecen, evidente es que para los frequentadores al corderil cenáculo Paco Larva era un semidiós auténtico; así, no ha de extrañarse que, cuando todos le envolvían en nubes de incienso, á las niñas casaderas se les fueran los ojos y el alma tras el glorificado mozo; y como de entre todas ellas descollaba por su juventud, gracia y gentileza Lita, no era mucho que ésta se prometiera segura la victoria.

No hay que decir que para Lita, que no conocía más literatura que los novelones eróticos leídos á hurto en el cuarto de don Juan, Larva era tanto como Cervantes; fuera de que para ella la literatura no era sino el nimbo y la aureola del hombre, y éste, feo y todo, gustábale de veras. Había en él no se sabe qué seductora mezcla de semidiós, de chulo y de tenorio, que á la pi-

cante madrileñita le colmaba las medidas del gusto.

Pero... ¿se fijaría él en ella? Al principio no se fijó ni pizca. Diríase que el semidiós menospreciaba á las míseras doncellitas de carne. Aquel desdén olímpico irritaba á Lita y espoleaba locamente su femenino orgullo. Cuando, de vuelta de casa de Cordero, despojábase con furia de aquellas efímeras galitas, tan costosas y tan inútiles para ella, agitada, roja, más bonita con el calor del hechicero enfado, preguntábase rabiosa ante el espejo: «¡Vamos! ¿Qué querrá aquel *don sin gustos*? ¡Me parece á mí que, como fea, no lo soy! ¡No, pues á ése como no le pesque yo!...» Y se acostaba, discurriendo nuevas, sorprendentes é irrealizables combinaciones de indumentaria y coqueteo.

De improviso, una noche en que Lita lucía, reuelta al entreabierto escote, una gasa roja, entre cuyos cálidos pliegues alboreaba una rosa nacarina, de un modo inopinado, inverosímil, sin mediar casi preludeos de miradas, risitas y coqueteos, se le declaró Paco Larva apasionadamente enamorado. ¿Era posible? ¿Se realizaba el ensueño? Aquellas primeras palabras de amor cayeron sobre el alma de Lita como la lluvia de Julio sobre la tierra sedienta, calcinada; sorbió-las ávidamente y las devolvió en vaho quemante, abrasador. Larva, que parecía poner rabioso empeño en la ya lograda conquista, redobló el asedio amoroso, y Lita correspondióle con creces.

Mal podía imaginar la ilusionada chiquilla

que en el fondo de la súbita pasión vibrase un desquite de amor propio, un artero deseo de venganza; y, sin embargo, así era. Por aquellos días, en cierto *Salón rouge*, que venía á ser puente entre el antiguo café cantante y el novísimo *Kursaal*, halláronse frente á frente Garba y don Juan compitiendo por una *estrella* muy codiciada entonces. Ciegamente esperaba el vanidosísimo Larva de su aplastante superhombria la victoria infalible; pero en empeños galantes acompañaba á don Juan su avasalladora bizarria y sus irresistibles artes de seducción prestigiosa, y triunfó don Juan.

La lucha tuvo público; el vencedor, *jaleadores* que le ovacionaron por todo lo alto y lo hondo, y el vencido se ganó la gran rechiffa, el primer apabullo, un revolcón tan solemne y vergonzoso, como que con él rodaron por el cieno de la calle todos sus prestigios mitológicos y su propia olímpica persona, liada á cachetes y molida á bastonazos y á patada limpia por los satélites de don Juan, que cenaron á costa del vencedor.

Como víbora pisada, vomitando veneno, levantóse el maltrecho semidiós del lodo de la sospechosa calleja, y, tendiendo el puño cerrado hacia el grupo de los genizaros de Fontibre, escupió, babeando de ira, este reto:

—¡Como me llamo Garba, que me voy á cobrar carita la ofensa de ese pendón de don Juan, echándole á él sobre lo que le quede de honra más fango del que me ha caído á mí encima!

Y de aquel fango procedían los amoríos de Larva.

Tardísimo acabó aquella noche la tertulia corderil; Lita y Paquito se despacharon á su gusto: «se dieron el primer verde», que decía don Romu. Aquello fué un desbordamiento, una locura. Lita realizaba los ensueños que tuvo por imposibles: lograba sus aspiraciones, conquistaba al inconquistable, al superhombre, al endiosado, vencía á sus rivales; y había que paladear el amor, que saborear el triunfo, que humillar á las competidoras defraudadas. ¡Orgullosas, cursis! ¡Qué se habían creído!

Larva parecía amar á Lita, más que con el feliz, luminoso amor de los veinte años, con espasmos de enfermo ó con furor de loco; y era que, á más de su natural decadentismo, ponía él en aquella seducción la cruel voluptuosidad de su premeditada venganza; así acariciaba aquel amorío como se acaricia el puño de oro de un puñal ó el cerrado pomo de un veneno.

Cuando Lita, roja, aturdida, jadeante, entró como una tromba en su cuarto, Dora dormía con sueño doliente y virginal; diríase que su carne macerada en dolor y penitencia, como la de los santos, dejaba transparecer el espíritu. Una sonrisa de luz entreabría sus labios de descolorida rosa; sus párpados de nácar violáceo transparentaban ensueños luminosos; sentíase, parecía verse que aquel almita beata iba subiendo, peldaño

por peldaño, sin pisar sobre ellos, la escala de oro del éxtasis, colgada de la altura inaccesible. Por un momento Lita sintió, sin explicársela, emoción inefable, mitad rubor de sí misma, mitad reverencia ante aquel sueño de ángel; pero aquella emoción fué un soplo tenue, y ella traía dentro un huracán inflamado.

—¡Dora, Dorita, despierta, tonta! ¡Dormilona, beata, chiquilla boba, despiértate! ¡Tú no sabes la noticia, el notición que te traigo! ¡Tengo novio!—chillaba Lita, sacudiendo aturdidamente las blancas manos afiladas, exangües, sudorosas de su hermana, que pesaban letárgicamente sobre las ropas del lecho.

Dora tardaba en despertar; el almita beata estaba lejos; costábale mucho volver, arrancarse á lo invisible, á lo sobrenatural. Primero abrió los ojos, aún vacíos, de su espíritu, escuchó, posó en Lita el mirar inconsciente, y el iris azul, cristalino, llenóse de húmeda luz: el almita volvía.

—Sí, te oigo, te veo, Lita, mi Lita querida; veo que estás contenta, y me alegro, me alegro...; repíteme lo que decías, para saber de qué nos alegramos.

—¡Pues boba, *lilaila*, más que tonta, te decía que tengo novio!

—¿Novio?

—¡Sí, señora, novio! ¿Es algo raro? ¡Como tú vives arriba encastillada en aquel zaquizamí con la beatona doña Salesia, nada sabes, ni se puede ya hablar contigo, ni casi parecemos hermanas!

—¡Sí, sí que lo parecemos, loquita mía, y nos queremos mucho, como siempre! ¿Verdad?

Dora posó los labios fríos, incoloros, en la mano ardorosa de Lita y suspiró dolientemente:

—¡Estoy enferma, nena!

—¡Enferma! ¿Qué tienes?

—Nada, no sé; hace tiempo que me siento mal; y aquel día de las cartas..., ¿te acuerdas? Me asusté, me impresioné, ¡qué sé yo!... Casi desde entonces escupo sangre alguna vez. ¡No, no te asustes, no es nada! No se lo digas á mamá. Hoy arrojé más, me alarmé un poco...

—Pero... ¡qué tonta eres, niña! ¿Por qué no lo has dicho?—protestó é interrogó Lita con visible emoción.

—¡No, si no es nada, y pasó ya! No te apures; siéntate aquí, aquí, en mi cama; acompáñame hasta que me duerma...

Los párpados de nácar violáceo volvían á caer pesadamente sobre los ojitos azules anegados en letárgico sueño; la tibia sonrisa tornaba á entreabrir los labios descoloridos; el almita beata subía, subía otra vez la escala de oro colgada de la altura inaccesible.

VI

Lita, á quien la dolencia de Dora y el súbito incendio de sus fulminantes amores tuvieron despierta y febricitante algunas horas, salió de las

blandas honduras del sueño, como de un baño de salud, en toda su floreal frescura y su tumultuosa alegría. A medio vestir corrió al balcón, abriólo de par en par, y en la viva ola de luz que inundó el cuarto púsose á bailar y á cantar con loco júbilo. Todo el milagroso optimismo de los veinte años, del amor y de la primavera rodó en ola hervorosa por su sangre. Un sol de gloria ardía en un cielo de azul madrileño; el mundo parecía nuevecito, ella nacía entonces, Garba era un semidiós enloquecido de amor por ella, el porvenir un caminito de rosas que se perdía en un paraíso de delicias, y Dora una tonta que ni estaba enferma ni tenía nada más que mimos, beaterías y disparatones metidos en aquella cabecita, hueca como la de los bebés de porcelana.

Esto último lo decía Lita zarandeando alocadamente á la pobre Dora, que en vano se esforzaba por sonreír, por hablar; su carita clorótica parecía cuajarse en una blancura fría, inmóvil; sus manos pesaban inermes entre las traviesas manos de su hermana. Sobresaltada ésta ante aquella invencible postración, corrió á llamar á su madre.

Asustadísima voló Concha al lado de la enferma, y ante su aspecto intranquilizador atronó la casa, la calle, el barrio con sus gritos frenéticos, y enteró al cielo y á la tierra de que de los males de Dora, como de cuanto allí pasaba, tenía la culpa el grandísimo canalla desalmado de su marido, que merecía arrastrar una cadena. Los trágicos gritos y aspavientos de su madre acabaron

de acongojar á la pobre Dora, que por algunos minutos cayó en hondo desmayo.

Viéndola rígida, fría, con apariencias de muerte, el frenesí de Concha llegó al paroxismo, sus alaridos alarmaron al vecindario; bajó doña Salesia, subieron los Corderos, corrió la criada al dispensario en busca de un médico, y toda la casa se llenó de ruido, carreras y confusiones.

Felizmente, Dora recobróse pronto; el médico recetó bromuro, antihistérica, reposo, reconstituyentes, aire puro; todo era neurastenia, *surmenage*, falta de ejercicio y de higiene. Volvieron los Corderos al principal, doña Salesia á su celda, Lita á sus fantásticas reformas indumentarias; y sólo Concha, llorosa, suspirante, ruidosamente ostentativa de sus inquietudes, instalóse á la cabecera de Dora, agobiándola á cuidados perturbadores y á caricias asfixiantes.

Pasada la alarma, Lita volvía á sus optimismos: lo de Dora no sería nada; entretanto veníase la noche, y ella quería lucirle á Paco otra *toilette* más fresca y sorprendente que ninguna. Revolvía cómodas, maletas, cestos; descosía pingos, planchaba cintas, fruncía tules, ensayaba, probaba..., ¡vuelta á descoser! ¡Por fin! En un periquete se armó una blusa rosa y blanca que *daba el opio*. ¡El nene *se cata* de verla tan remaja! Cuando la madrileñita estaba alegre, poníase muy chula.

Y «como lo de Dora no era nada», Lita bajó al principal aquella noche y las sucesivas; y el fogoso dúo de amor en alarmante *crescendo*, iba

alcanzando los tonos más agudos á que llegaron diálogos de novios en libertad. La chiquilla desplegaba tal lujo de gracias, de picardías, de seducciones perturbadoras, que el propio archiperdido Larva picábase al juego, parecía enamorado de veras. Y como nadie los vigilaba, hartábanse de beberse las almas en los ojos, y de robarse caricias locas, aprovechando las sombras de la escalera y los revuelos de las despedidas. Puestos en aquel punto de demencia, invadiales la fiebre de la pasión, el vértigo que arrebató y precipita.

Todo apresuraba fatalmente el desenlace de aquel drama. La situación de la casa de don Juan hacíase por momentos apremiante, insostenible; la enfermedad de Dora sorbiase los últimos recursos, imponía crueles sacrificios, amenazaba ya muy de cerca con la miseria negra, desastrosa. Don Juan andaba huído, procesado por deudas, amenazado de muerte por los acreedores. Concha, en el colmo de la desesperación agresiva, parecía tomada de frenesí histérico ó de raptos epilépticos, y gritaba todo el día como una loca furiosa. Lita sentía venírsele encima, con el desolado horror de la miseria, el de aquellas más abyectas degradaciones pronosticadas por su madre.

—¡No, pues entre la miseria y la abyección, y el paraíso del amor inextinguible!...—gritaba alta, imperativa, una voz enloquecedora dentro del torbellino flamígero que devoraba el alma de la niña.

Una noche, cuando Lita sentíase sorber por aquel vórtice de llamas, el libertino profesional, viendo ya maduro el fruto de la seducción, aborció á su novia con palabras de fuego envueltas en pérvida lógica y en espejismos alucinadores:

«Ellos no podían ya vivir así; la pasión tiene sus leyes infalibles, fatales; la hora del amor había sonado; era loco oponerse á lo inevitable.»

Larva hablaba con el imperio de un sugestionador, afectando sibílicas actitudes ó raptos fascinadores de iluminado ó de loco. No había que hablar de boda: él era pobre; además, sus creencias se oponían á ritos y á fórmulas que cohiben y achican el amor; luego..., nunca se lo dijo, pero era llegado el momento, entre don Juan y él existía uno de esos odios que piden sangre; por ella (por Lita) había él sacrificado su venganza; pero... ¡que no le pidiesen más! Todo intento de avenencia era imposible, á lo menos por entonces. Luego, la casa y la familia de Lita marchaban al cataclismo seguro, inminente; los horizontes se cerraban ante ella; no había más que un camino: ¡la fuga! Esta era inevitable, infalible, fatal. Después vendría todo: la boda, la fortuna, la gloria, ¡todo! Porque él triunfaría, él llegaría á la cúspide: ¿para qué si no era superhombre y semidiós? Pero eso sería después, después de la dicha; ahora, ¡imposible! ¡Ante todo, él era hombre; estaba enamorado, loco, embrujado por ella, y mientras ella no fuera suya, él no sería nada más que un pobre enfermo, un miserable loco! Y con verdadero arranque de locu-

ra, tomó entre sus manos las manos de Lita, oprimiéndolas brutalmente hasta hacerla gemir de dolor, y con los ojos fuera de las órbitas, gritó en voz ronca, sofocada:

—¡Lita, la fuga, ó mi muerte! ¡O me sigues mañana mismo, ó me mato! ¡Escoge!

Lita, fascinada, sorbida ya por el torbellino de pasión, susurró bajito:

—¡Cálmate, cálmate; si yo también estoy loca!

—¿Me seguirás?

—Sí.

—Mañana al amanecer, ¿oyes?, á las seis te espero con un coche en la esquina; ¡si no bajas..., al pie de tu balcón me mato!

—¡No he de bajar, tonto!

—¡Amor mío!

—¡Vida mía!

—¡Hasta mañana!

—¡Hasta luego!

Cuando Lita volvió á su casa eran las dos; Concha, destrozada de velar tantas noches, retiróse á su alcoba á descansar, confiando la paciente al cuidado de su hermana.

Dora dormía con ese sueño anheloso de los enfermos que no es descanso ni tregua, sino agotamiento, postración dolorosa que transparenta la siniestra labor del mal y la angustiada fatiga del espíritu. Diríase que se oía la dura lima de la enfermedad morder ahincadamente el bronce de la juventud de Dora, que se sentía volar el pol-

vo de la cruel limadura, que se veía adelgazarse por momentos la tenue corteza carnal de aquel espíritu, de cada vez más visible, más desatado de la tierra. Lita, de pie junto á la cama de la enferma, contemplándola á la débil luz de una lámpara veladora, sintió aquella impresión terrorífica; oyó materialmente la lima invisible desgastar, roer con desesperante insistencia las frágiles ataduras de la vida de su hermana. ¡Qué pálida estaba! ¡Qué parecida á su propio cadáver!

Pero... ¿qué sucedía? ¿Era un síncope momentáneo? ¿Era que la vidente fantasía de Lita anticipábale el terrible final de aquel proceso? ¿Era aquello sugestión demoníaca? ¿Providencial aviso? ¿Amenaza de Dios, ofendido por el pecado que Lita iba á cometer?... Atavismos de fe, terrores de superstición resurgieron en Lita, magníficas fuerzas de amor emergieron de su alma. ¡Dora, su hermana idolatrada, se moría! ¿Y ella?... Ella... ¿tendría valor para abandonarla en aquel trance?

Un estallido de dolor y de ternura sacudió hasta las raíces de aquel ser tempestuoso, que parecía hecho de las sensualidades de don Juan y de los arrebatos de Concha. En Lita, como en todos los pasionales, el dolor, más que un sentimiento, era una descarga eléctrica, la bárbara explosión de una tormenta. Cayó de rodillas y, acodándose en el lecho de su hermana, rompió á sollozar y á llorar convulsamente. Sus lágrimas rebosaban, fluían como raudal continuo de sus

ojos, goteando calientes, rodando y aplastándose sobre las ropas, sobre las manos, sobre el pecho de la enferma; y Lita, doliente, añiñadamente exhalaba en ternezas como de madre su congoja:

—¡Dora, Dorita, alma mía, mi niña, despiértate!

Un momento creyó verla más blanca, más rígida, más afilada, y gritó enloquecida:

—¡Dora, Dora, hermana, despierta!

Y Dora al fin despertó; su espíritu luminoso levantóse como niebla que sube de una hondura; primero sonrió, y como asida á la sonrisa resurgió su alma en un tenue mirar, en un hablar desmayado.

—¿Qué tienes, Lita? ¡Me asustaste, nena! ¿Lloras? Pero... si estoy bien. ¡Si vieras qué bien estaba! ¡Veía unas cosas tan bonitas! Pronto estaré buena. Ya verás; si esto no es nada.

Y con uno de esos breves resurgimientos de los enfermos jóvenes, que parecen resurrecciones instantáneas, Dora se incorporó enérgica, besó mil veces á su hermana, hablóle alegremente, atrájola á sí, hizola posar la cabeza en su almohada, como cuando niñas dormían juntas, y luego, asida al hilo de luz de su sonrisa, su alma descogóse otra vez blandamente á las profundidades misteriosas.

—¿Duerme?... ¡Está bien, se pondrá buena! ¡No será nada!—dijose Lita, reaccionando ya, volviendo á sus optimismos.

En esto mil agujitas de oro metíanse por las

rendijas del balcón: amanecía. Otra racha, aún más violenta que la pasada, sacudió el alma de Lita: la pasión.

El romanticismo de aquella novelesca fuga, la inminencia de la dicha, el vértigo de la acción asieron de ella. Inflamóse su fantasía, sus nervios se tendieron, y como sonámbula, como loca, moviéndose en rápidos revuelos sigilosos, recogió de aquí y de allá algunas prendas, joyuelas y baratijas adoradas, reliquias ó galitas infantiles que simbolizaban todo su vivir anterior; rodeó la estancia con una mirada codiciosa, absorbente, como queriendo llevársela en los ojos, y sobre la cama de Dora, por no inquietarla, junto á su mano enflaquecida, blanca, espectral, como para que ella lo recogiese al despertarse, dejó tiernamente un beso, ¡el último!

Y huyó; huyó de sí misma, de su pasado de inocencia y de honradez, sin que de cuanto había sido Lita quedase otra cosa que aquel furtivo beso evaporado junto á la mano exangüe y mística que parecía tendida hacia la muerte.

VII

Tarde sacudió Concha aquel sueño animal, avaro desquite de su fisiología destruída por desnutrición é insomnios prolongados, agotada en

locos derroches de energía, de afectividad y de acción. Levantóse como tullida, acorchada, estúpida, desorientada respecto al tiempo y á la marcha del doméstico rodaje.

Comenzó á rebullir, á dar órdenes á la criada; entró en el cuarto de las niñas, besó á Dora, la palpó, palpó su frente, sus labios, sus palmas:

—¿Qué hace esa *locatis* de Lita?—preguntó mientras abría el balcón; y al volver derramó inconscientemente la mirada en torno suyo; vió la cama de Lita intacta, sus ropas de casa en la percha, el gabinete en desorden, abierta la cómoda, revueltos, como saqueados, los cajones; cintas y pingos esparcidos por todas partes...

Comprendió. Reconstruyó en un relámpago intuitivo la vulgar historia de seducción, la fuga, la tragedia de deshonor y de vergüenza que en aquella fuga empezaba... ¡Y entonces, entonces sí que el estallar de su ira, de su pena, de su desesperación sobrecogía más que el bárbaro rebramar del trueno y el súbito esplendor del rayo! Era la tempestad de un alma, y tan grande, tan augusta é imponente, que á pesar de la culpa que la infeliz tenía en su desgracia, á despecho de la grosera animalidad de sus manifestaciones, la trágica violencia de aquel dolor de madre aplastaba el ánimo como una fuerza sublime.

Hubo un momento en que el acceso convulsivo rayó en verdadera locura: lívida, trepidante, como hidrófoba, arrancábase á mechones el pelo, aullaba histéricamente y se retorció en espasmos epilépticos.

Dora, mortalmente sobrecogida, febril, sudorosa, arrojóse de la cama y se arrastró desnuda, sin fuerzas, á socorrer á su madre.

Ya en esto acudían los Corderos y doña Salesia, alarmados, como la otra vez, por los gritos de Concha. Entre la seráfica y doña Celes arrojaron á Dora y en brazos volviéronla á la cama. Al caer en ella la enferma irguióse bruscamente, crispada por congojosas náuseas, y arrojó una bocanada de sangre, y luego otra y otra...

En vano don Romu y la criada rodeaban á Concha, procurando ocultarle la crisis de Dora, mientras doña Celes intentaba retirar la sábana ensangrentada y doña Salesia sostenía la desmayada cabeza de la enferma. Concha lo vió ó lo presintió todo, y volando al lado de su hija, la besó enloquecida, secó el sudor de su frente, la sangre de sus labios, posó la cabeza en la almohada, y sin poder dominar su impulsivo arrebató, encaróse fiera, chulescamente con los Corderos, y los llenó de injurias. ¡Ellos, los muy cursis, los grandísimos pendones entrometidos, tenían la culpa de todo! ¡Ellos protegieron al indecén de Larva y taparon el sucio amorío! ¡Ellos tenían la culpa de la fuga, de la perdición de su hija! ¡Fuera, fuera de su casa los piojos revividos, los señores de pega, los chulapones *re-negaos!*

La sangre chispera de los carniceros ardía; la ralea chulapa subíaseles á la boca en desvergüenzas crudas de mercado; pero más que la advenediza dignidad, el estupor de la fuga de Lita,

el espanto de la crisis de Dora, la impetuosa furia con que Concha los arrastraba, los barria hacia fuera, embazóles el resuello, atajóles la palabra, y mudos, aturcidos, furiosos, salieron de aquella casa de catástrofe y de pesadilla. Antes que cerraran la puerta, Concha la emprendió con la seráfica, que no salía de su asombro ante los arrebatos de aquella arpía.

—¡Y usted también, so bruja, farsantona, comesantos; usted es la que le ha sorbido el seso á mi Dora con sus arrumacos y santurroneñas! ¡Usted me la ha embrujado, usted me la mata, tía hechicera, Marizápalos, chupasangre! ¡Fuera escuerzos, pajarracos, sabandijas!

Y á tironazos, á empujones, á bufidos, Concha arrojó á la asustadísima é inocentísima devota. El bárbaro portazo con que cerró tras ella fué como el punto final de sus relaciones con los vecinos y de su loco acceso de rabia.

Vuelta á la cabecera de Dora, la Megara tornábase madre; sus iras hervorosas se deshacían como espuma, y las inquietudes, las previsiones, las ternezas resurgían, femenizando al basilisco. La soledad, el silencio, la reflexión ejercían sus virtudes sedantes; resurgía la conciencia y hasta el remordimiento. ¿Qué hizo ella? ¡Cerrar sus puertas á los únicos que podían auxiliarlas! Y ahora..., ¿adónde volver los ojos? Lita fugada, don Juan huído, Dora agravándose por momentos, los recursos agotados. ¿Qué iba á ser de ella?

Un peso aplastador cayó sobre la pobre mujer: consumida en furiosos y en esfuerzos, expri-

mida en lágrimas, exhausta, se rendía, se entregaba, atónica, abúlica, inconsciente ya. Aquello era lo irreparable. ¿Cómo luchar contra ello?

Pero sus ojos, ya sin iras, sin luz, sin llanto, ibanse como imantados á Dora, y de aquella palidez terrosa, de aquella inmovilidad glacial, de aquella apariencia cadavérica, el instinto materno pareció beber energías sobrehumanas que crecieron prodigiosamente hasta estallar en una rebelión de la voluntad; y de las pavesas de la mujer resurgió la madre: ¡lo invencible, el amor de los amores!

—¡Dora, Dora, mi niña, hija de mis entrañas, gloria mía!...

El océano de ternuras se volcaba. Pero la caliente ola de amor parecía estrellarse en la fría quietud que agarrotaba el cuerpo de Dora. Había que arbitrar recursos, que disputar minutos al mal; imponíanse las resoluciones heroicas. Ante todo, que don Juan viniera. ¡Qué hacía aquel padre! ¿Cómo no le traían las adivinaciones del instinto? Que viniera, que salvara á su hija, que inventara recursos, que pidiera limosna, que jugase..., ¡que robara!

Concha, en el delirio de su amor y de su pena, no veía ya más moral, ni más tierra, ni más cielo que su hija: ¡salvarla! Salvar á Dora era el único objeto de la creación; ¡quién no había de ayudarla en su salvamento! Y sin acordarse de su propia fatiga, tras del estrago de la pasada crisis, sin pensar que en veinticuatro horas no había tomado alimento, comenzó á moverse acti-

vamente, arregló la cama de Dora, mullóle las almohadas, hízola apurar una medicina, y corrió á la escalera; desde el descansillo gritó:

—¡Nicó!... ¡Nicó!...

Era el chico de los porteros, un *vivo*, un pura sangre madrileña; por unas perrillas llegaba al centro de la tierra; por una *pela*, hasta los antipodas; pero tan honrado como codicioso. Nicó sabía huronear las madrigueras de don Juan, quien á su vez servíase del chico para comunicarse con su casa. Jadeante, *cargábase* el *golfito* de un tirón los noventa y nueve escalones. Concha no le dejó llegar arriba.

—Toma—le dijo bajando á su encuentro y despojándose de su última alhaja, su sortija de bodas—: corre, lleva esto al Monte ó adonde paguen más; de lo que te den, un duro, ¿lo oyes?, ¡un duro! para ti, si antes del día me traes á don Juan, vivo ó muerto. Le dices... lo que pasa (no quiso nombrar á Lita), y que Dora se muere...

—¡La señorita Dora!...

—¡Sí, la hija de mi alma! ¡Vuela, si quieres que la salvemos!—gimió la madre, mientras Nicó, disparado, rebotaba de escalón en escalón como si le empujase una ráfaga.

El tiempo de las esperas angustiosas no vuela, no corre; se alarga, estirándose elástico, rastreo, mudo, como un reptil viscoso. Las horas se iban: apagóse la luz, entróse la noche; la fiebre postraba á Dora; su respiración hacíase anhelosa por momentos; el sudor empapaba sus ropas, arrugaba sus palmas, alisaba sus cabellos, que

lacios se pegaban á sus sienes, dando á la enferma ese aspecto de naufragio que toman los que se van acercando á la otra orilla.

Y, ¡tic, tac, tic, tae!, el corazón de acero del reloj latía frío, mecánico, inexorable; y Nicó no volvía, y no llegaba don Juan, y Lita no volvería nunca, y Dora decaía, y nadie llamaba á aquella puerta llevando un consuelo, una esperanza; y el péndulo impasible, irónico, desesperante: ¡tic, tac, tic, tae!

¡Aquello era para perder la razón! En la de Concha confundíanse los límites de la realidad con los del delirio; el insomnio, la debilidad, el dolor, la fiebre, encendían llamas azules y saltarinas fosforescencias ante sus ojos; la cólera, la impaciencia, la rebeldía, zigzagueaban por su sangre y por sus nervios en largas fulguraciones tempestuosas; la ternura y el furor, como dos electricidades en conflicto, disputábanse el cuerpo y el alma de aquella madre felina; la tempestad estalló al cabo en bramidos, en arrullos, en imprecaciones de la más desatada incoherencia, en que lo cómico y lo trágico confluían en lo más penetrante de la sensibilidad humana: lo patético.

La madre de instinto, la madre fiera, bufadora y agresiva, despertábase junto al lecho de Dora en espera desesperada del egoísta don Juan; con mano temblorosa, desatentada, palpaba la frente y las manos de Dora, besábala con besos empapados en amor y en rabia salvaje contra el padre ingrato, causador de tanto infortunio.

Y bufaba, gemía, lloraba torrencial, desatadamente. Y lo más conmovedor de aquella fermentación de odio y de pena era que lágrimas, injurias y rugidos todo era amor; amor de instinto, amor de presa, voraz y devastador, pero grande, imponente, sagrado, como amor de madre y de esposa, porque la desdichada no había dejado de amar á don Juan.

Acaso le amaba más que nunca; quizás por extremo esfuerzo de pasión desesperada y hambrienta, aguardaba confusa, instintivamente, que el dolor inmenso, mutuo, conyugal, ante la pérdida de Lita, ante la agonía de Dora, los arrojase impulsiva, irresistiblemente, al uno en brazos del otro. Pero de esto no quería ella que se enterase su propia conciencia; quizás no lo veía, aunque estaba en el fondo de todas sus emociones, ó negábase á verlo con ese temor supersticioso con que nos negamos á las esperanzas por miedo de ahuyentarlas con el deseo. ¡Esperar en aquel hombre! ¿Estaba ella loca? ¿Qué le importaba á don Juan su mujer, sus hijas, su casa, si era la misma ingratitud, más duro que los bronces!

—¡Ay, si viene..., si viene, lo desuello, me lo como! ¿Y si no viene? Si antes que venga... ¡No, no; que no pase eso, porque entonces me bebo su sangre!—juró el atavismo de la raza por los labios de la chula...

Giró el llavín premiosamente en la cerradura, rechinó la puerta, sonaron en la antesala pasos muy conocidos, y la que pensó beberse la sangre

del que llegaba, sintió la suya agolpársele al corazón; levantóse; sus piernas se doblaban; arrastróse hasta el pasillo, y saliendo al encuentro de don Juan, sollozó ya sobre el pecho de él:

—¡Ven acá, hombre; tu hija, nuestra hija se nos muere!

Y un abrazo impulsivo, desesperado, fundió los dos cuerpos.

VIII

¿Cuánto duró aquella trágica pesadilla?... Los días, las noches, los crepúsculos, los alivios ilusorios, la creciente agravación del mal, la desesperante carencia de recursos, los bárbaros apremios, la desalmada miseria, todo se fundía en un caótico amasijo de dolor, tortura, rebeldía, sobresalto y congoja extrema...

Y un día, cuando todo habíase agotado en la casa de don Juan, hasta las lágrimas, Dora, extinguida también en sufrimientos, descendió más hondo en aquellas negras profundidades en que su almita caía, y en ellas se apagó como una luz: ¡durmióse en la muerte!

Consumada la desventura, Lita fugada, muerta Dora; vendido, empeñado, embargado todo; lanzados judicialmente de la casa; sin dinero, sin